

Teatro

# LA CONSENTIDA DE MI DICTADOR

Guillermo Sheridan

Nueva versión **heavy-rock** de una vieja **superstar**

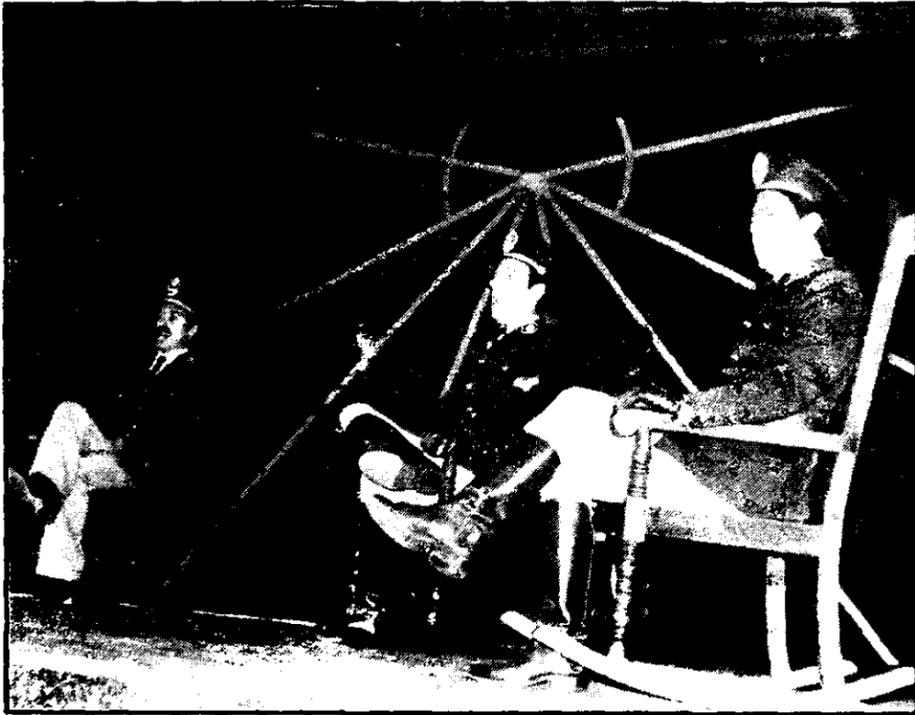
Y bueno, la historia es la de siempre: mujer sumamente hermosa, casada con el hombre adecuado en el momento propicio; bañada en joyas múltiples, satenes, batones, perfumes, caviars, crema chantilly y churrascos; laureada por admiradores, fans y exégetas iconofílicos; cocinada en la olla express del talento con el agua de la genialidad y los sazoadores del carisma; aureolada por el fulgor de la historia y la charola del poder político; santificada por el pueblo y, en fin, envidiada, adulada y deseada por todo el salón, decide hacer un enorme esfuerzo para salir de esa situación desesperada y, por méritos propios, conseguir la derrota y la inscripción de su nombre en el libro de oro del *gutter*.

Broadway nos tiene acostumbrados ya a estas tramas sobadisimas de las mujeres poderosas que hacen hasta lo imposible por caer lo más rápido y lo más espectacularmente posible en lo más bajo de la miseria y de la escoria. A quien lo dude, bastele recordar, para citar un ejemplo reciente, a *Anita la huérfana*, esa peculiar chiquilla punk que, fastidiada de ser la hija adoptiva del presidente Roosevelt, termina de cocainomana arrejuntada a un negro en Harlem.

Y es que en las mujeres abajistas, Broadway o Hollywood reconcentran esa alegoría determinante del capitalismo: usted puede estar absolutamente millonario, pero si hace un esfuerzo podrá llegar hasta abajo en no mucho tiempo. Lo que se llama un *selfdestroyed man*, pues. Y si es usted mujer y suficientemente atractiva, lo podrá hacer más rápido aún.

Ahora qué pocas mujeres abajistas tan eficaces como Evita Duarte de Perón, esa mezcla ginecomítica de lo mejor de una madre, lo más ferviente de una compañera, lo más cachondo de una amante y lo más solidario de una esposa que de un tiempo para acá (¿recuerda usted a Copi?) ha sido objeto de la curiosidad escritural y operológica. La ganancia está dada: ver a una mujer recorrer el camino que hay entre el poder y la miseria, entre ser como la chava del Aga Khan y llegar a ser como un personaje provinciano de *Boquitas pintadas* es un espectáculo muy redituable.

Entonces, a ese concepto weberiano del



líder carismático se le suma el hecho de la muerte prematura del personaje (¡a historia es, ¡ay!, tan cursi) cuando estaba a punto, después de años de esfuerzos, de conseguir que la embargaran por falta de pagos de la licuadora, y tiene usted una historia bien edificante. Pero no crea usted que los autores caen en la vulgaridad de proponer que la miseria lo es todo en la vida, no, y que a los que eso piensan les da cáncer y se mueren, no. Ellos proponen una búsqueda abajista de la miseria total, sin atenuante de ningún tipo, la miseria por la miseria que todos los poderosos envidian, pero que tan pocos pueden alcanzar.

Y bueno, con esos ingredientes es con los que la historia y sus amanuenses, en este caso los británicos Andrew Lloyd Webber y Tim Rice, proponen la ópera-rock *Evita*.

Con una música reverberante, graciosa,

magnífica, entre Orff, Kurt Weill y Pete Townsend, con una escenografía soberbia, con una coreografía, una iluminación, un vestuario y unos recursos multimedia esplendorosos, Webber y Rice — los autores de *Jesus Christ Superstar* en los 60s — han conseguido hacerse miserables a ellos mismos y a sus productores para un buen rato. Pero vale la pena cooperar a su causa.

El productor mexicano (?) se trajo todos los derechos de producción y, por si fuera poco,

al director que montó la obra en N.Y., y en Londres, Harold Prince. La música la grabaron con músicos de allá y todo lo demás es idéntico a la versión de Broadway. Hubo suficiente rigor en las audiciones para contratar un espléndido cuerpo de baile y algunos soberbios solistas, magníficos actores-cantantes, etc. Quizá la única falla esté en la paupérrima versión que el libreto de Rice sufrió en su versión castellana.

Pero eso en poco estorba la narrativa musical de cómo Evita logró salir de la Casa Rosada y convertirse en actriz, y luego cómo consiguió pasar de actriz a modelo, y de modelo a locutora, y de locutora a meretriz. Y después cómo, siempre con el mismo sostenido esfuerzo, logró el sueño de su vida: abandonar Buenos Aires con un cantante de Tango y llegar a la tierra prometida, Junín, un horrible pueblucho en la provincia, donde consigue ser recibida en una familia humilde e ilegítima y, finalmente, ser reconocida como la hija de un burgués que jamás piensa recibirla, y que sólo tiene un vestido medio roto y sólo come puro spaghetti frío a la carbonara. Y cuando al fin logra eso, el cáncer le quita la vida.

De todos modos, vale la pena el soberbio espectáculo edificante que los gringos éstos y sus actores locales han logrado. Rocio Banquells hace una magnífica Evita, Jaime Garza un buen Che Guevara — personaje al que los autores podrían haber sacado más — y, especialmente, Jorge País, que consigue una caracterización como Perón que es verdaderamente asombrosa. Todos ellos van muy bien en el arduo y laborioso camino del fracaso.

*Evita* de Webber y Rice. Producción de R. Lerner. Dirección de Harold Prince. Escenografía de O'Brien, Firth y David Antón. Coreografía de Fuller y Urmston. Con Rocio Banquells, Jorge País, Jaime Garza, Carmen Delgado y decenas de bailarines y cantantes. Teatro Ferrocarrilero \$200, 150, 100.